

EL TIO CAMORRA,

PERIODICO POLITICO Y DE TRUENO.



EL QUINTO MANDAMIENTO

DE LA SANTA MADRE IGLESIA.

—¿Con que, qué te parece, Cotorra? ¿Suspendemos nuestra publicación?

—No señor, no estoy por eso, señor D. Juan.

—Pues no ves que todos los periódicos progresistas han suspendido sus tareas?

—Y qué?

—Toma, que dirán que estamos desunidos si no hacemos otro tanto.

Tomo II.

¡Qué disparate! No señor: si efectivamente pudiera creerse que estamos desunidos porque no seguimos en esta parte las huellas de nuestros correligionarios, yo sería la primera que aconsejase la suspensión de nuestro periódico; pero no hay tal cosa; la índole de nuestro periódico, puramente satírico, le hace excepción de regla en esta y en otras cuestiones, como en varias reuniones se ha convenido entre los representantes de los periódicos liberales. Por otra parte el *Tío Camorra* es de parecer que no se debe abandonar la lucha de la discusión hasta vencer ó perecer con gloria. Yo bien sé que en las actuales circunstancias tenemos que renunciar á las tres cuartas partes de las razones que podríamos alegar en apoyo de nuestros asertos; pero nuestros suscritores que ya han leído las disposiciones del bando que insertamos en la *paliza* anterior, disposiciones estensivas á los escritos que se consideren alarmantes, comprenderán lo difícilísimo de nuestra posición, y disimularán la palidez de nuestras columnas, puesto que no dudan de nuestra conciencia política tanto mas constante, cuanto mayor es el peligro.

—Me voy convenciendo, amiga Cotorra, me voy convenciendo.

—Ademas tengo otra razon, señor D. Juan, para no adoptar la suspensión, y es una razon que podremos llamar humanitaria.

—¿Humanitaria?

—Sí, por cierto, usted sabe que entre unos y otros son bastantes las familias que viven con el trabajo que proporciona nuestra publicación.

—Es verdad.

—Pues corriente, si es verdad, tambien lo es que todos esos individuos que ganan algo en nuestra empresa, son liberales.

—Es cierto.

—Pues andando: si eso es cierto, tambien es cierto que de suspender nuestra publicación haríamos daño á esos liberales, y por consiguiente esta es una razon....

—Muy poderosa.

—Aun tengo otra razon no menos poderosa, señor D. Juan.

—Cuál es.

—Que los periódicos moderados hallándose dueños del cotarro, nos insultan y no hay nadie que les diga una palabra. Nosotros podremos suspender las noticias ó especies alarmantes, obedeciendo el bando del señor capitán general; pero no dejaremos sin contestación las atrocidades y embustes que se permiten los periódicos moderados.

—En efecto, esos diarios acostumbran á sacudir al árbol caído, á atacar al que no puede defenderse, á insultar á la desgracia, y eso no debe quedar impune.

—Por supuesto que no. ¿Ha visto usted eso que propone el *Heraldo* del restablecimiento del diezmo?

—¡Cómo! el *Heraldo* se descuelga pidiendo el diezmo?

—Si señor; pero no es el diezmo del trigo y de los corderos que se

págaba antaño; es otro diezmo mucho mas horrible. Quiere nada menos que diezmar á los progresistas, que es casi diezmar á los españoles.

— ¡ Pues no le dá poco fuerte al *Heraldo*!

— Dice que la sangre ha de correr á torrentes.
— Pues no era tan atroz el periódico de Marat. ¿Y por qué vienen con esa furia?

— Porque dice que los progresistas han acordado asesinar al general Narvaez.

— ¡ Qué desatino! Yo soy progresista y no he oido ni sé que haya pensado nadie en semejante cosa. Y si no diremos al *Heraldo* lo que decia Girardin á los últimos minutos de Luis Felipe, cuando estos acusaban á la oposicion de corrompida. ¡Citad nombres! Repito que eso no puede tener ningun fundamento y que cuando mas podria ser una invencion del *Heraldo* para pedir que se derrame sangre.

— Eso es lo que digo yo, señor D. Juan; pero ya que el *Heraldo* hubiera tenido un aviso, que no puede menos de ser falso, aviso de alguno que quiere hacerse el interesante para que le den turron; ya que esto fuese asi, debia el *Heraldo* pedir el castigo para el culpable ó culpables y no que lo que quiere es como el pecado de Adan que unos lo han hecho y otros lo pagarán.

— Yo lo que quiero, amiga *Cotorra*, es desmentir la singular especiotia del *Heraldo*, y nada veo mas facil; primero porque los progresistas no somos asesinos, y segundo porque ¿qué adelantarian los progresistas con quitar del medio al general Narvaez? Nada, porque el general Narvaez, por mucha importancia que le quieran dar, no es mas que una persona, no es un partido, no es una institucion, y una vez muerto el general Narvaez no faltaria quien le sustituyera en la posicion que ocupa. Basta tener dos dedos de frente para conocer lo inverosimil de la ocurrencia del *Heraldo*.

Yo, señor D. Juan, entre tanto, desee que no se muera de repente el general Narvaez, porque aunque yo soy una pobre cotorra y podria probar que no tenia ninguna parte en la desgracia, al fin y al cabo si se adoptaba el plan del *Heraldo* de diezmar á los progresistas, podia tocarme la bola negra y fusilarme.

— No tengas cuidado; yo creo positivamente que nadie ha pensado en el atentado á que se refiere el *Heraldo*; y si alguno lo ha denunciado asi al gobierno, créo que el gobierno tambien comprenderá la poca importancia que debe darse á esas especiotas de alguno, que como llevo dicho, quiere hacerse el interesante y sacar raja.

— Si, usted insiste en desmentir ese rumor infundado; pero yo insisto en que el lenguaje del *Heraldo* es lo mas bárbaro que se ha visto.

— Ya he dicho que deja atrás á Marat.

— Pues yo lo creo; como que el mismo Marat confesaba en medio de su ferocidad, que pedia lo mas para lograr lo menos;

mientras que el *Heraldo*, según la formalidad con que lo pide, parece que se deleitaria en ver correr ríos de sangre por toda la nación.

—No le envidiamos la gloria de solicitar el diezmo.

—¿Sabe usted quiénes son los redactores del *Heraldo*?

—No sé: si escribieran con la prudencia que es debida, diría que merecían la pena de ser conocidos; pero no es así, porque los desafinados que están ensartando, son indignos de hombres, las chavacanas con que llenan su papel, provocan la risa, en fin, lo que ellos hacen..... lo hace un cualquiera.

DON CANUTO.

NATURAL DEL PAIS DE GALIMATIAS.

Para alejar pesadumbres
que las tengo por azumbres,
voy a ocuparme un minuto
en la vida, las costumbres
y el país de *D. Canuto*.

Es tierra funesta y hórrida;
mas no sé, por Santa Brigida,
si se halla en la zona frígida
ó está por la zona tórrida.

De niño me trasportaron,
y como no me instruyeron,
ni sé cómo me llevaron
ni por dónde me trajeron.

Después he buscado en vano
de aquel país tan atroz,
las noticias en Miñano
y en las obras de Madoz.

Pues por mas que libros abra,
que con teson lo ejecuto,
no encuentro ni una palabra
del país de *D. Canuto*.

Contra el mal, que es un escándalo,
no encuentran allí específico:
se inquieta al hombre pacífico
y no se persigue al vándalo.

Medra cualquier pisaverde,
que en aquella tierra, es fama

que el que no llora no mama
y el que mas pone mas pierde.

Unos chupan la melona
y otros son los azacanes,
por eso los holgazanes
se echan á la *vita-bona*.

En tanto, como un enjambre
de mendigos, por el suelo
se arrastra clamando al cielo
el pueblo estenuado de hambre.

Pues aunque hay buenos sembrados
y se coje mucho fruto,
todo es de los paniaguados
y amigos de *D. Canuto*.

Mientras el vulgo seráfico
se contenta con la lápida,
otros en su marcha rápida
con la opinion hacen tráfico.

Solo han variado los nombres
desde que en aquel distrito
se proclamó á voz en grito
la igualdad entre los hombres.

¡Igualdad! triste y amarga
debe parecer la prueba,
donde unos comen la breba
cuando otros llevan la carga.

La igualdad en nuestros dias
tremola ya sus pendones
casi en todas las naciones
menos en *Galimátias*.

Los pobres allí lo pagan;
los ricos no dan tributo:
unos lloran y otros tragan
y esto place á *D. Canuto*.

Sus planes ponen en práctica,
y siempre de oro andan ávidos
los que prosiguen impávidos
de Maquiavelo la táctica.

No obstante, está satisfecha
la gente de haber notado,
que el dinero mal ganado
nunca luce ni aprovecha.

Pues de los hombres, tal creo,
que campos y pueblos talan,
y huelgan y se regalan,

el mas gordo es un fideo,

Por lo cual no es maravilla,
ni estrañeis, voto al Dios Baco,
de saber que anda tan flaco
el héroe de esta letrilla,

que si un poco se le empuja
(ved si estará bien enjuto),
por el ojo de una aguja
cabe el señor *D. Canuto*.

De nada le importa un rábano,
que es hombre poco metódico;
pero le ofende un periódico
mas que á los burros un tábano.

Y en medio de su corage,
tal se irrita y se impacienta,
que á la libertad de imprenta
la llama libertinage.

Gime como una charanga,
y al que trate de ofenderle
será capaz de meterle.....
un brazo por una manga.

Cuidado si en una gresca
descargar quiere su enojo,
que es preciso mucho arrojo
para decirle una fresca.

Que hombre habrá en ambas Castillas
mas valiente y mas astuto;
mas no será tan *tufillas*
como el señor *D. Canuto*.

Dice el tal que si en América (1)
la libertad es verídica,
aquí la juzga fatídica
y aun una ilusion quimérica.

Que el pueblo es discolo y malo,
y el modo de gobernarle
mas á propósito, es darle
poco pan y mucho palo.

No estrañaré que allí emigre
la pobre gente, temblando,
si llega á ejercer el mando
tan indoméstico tigre.

El que asi ladra ó ahulla,
por mas que pueda vengarse,

(1) Por decontado en algunos Estados de América.

no tiene de que quejarse
si yo le endoso esta pulla:

«La naturalista plaga
dice que el hombre..... es un bruto».
Ya veremos si se traga
esta alusion *D. Canuto*.

Nació tan siniestra y bora
asi entre liquido y sólido
con el espíritu estólido
y la tentacion carnívora.

Criábase espierrabao
con males y sin alivio;
era un animal anfíbio
entre zorra y bacalao.

En sus cuentas bien echadas
la sábia naturaleza,
de su falta de firmeza
le compensó en las quijadas.

Y es tal, que dicen las gentes,
al verle tan miserable,
que la cosa es mas estable
de su cuerpo, son los dientes.

¡Ay si del turrón de fresa
le llega á dar escorbuto
y le entra la llave inglesa!
¡Pobre señor *D. Canuto*!

Me causa algun terror pánico,
y estoy por darle un narcótico,
porque es mozo muy despótico
con respuntes de tiránico.

Dice que en casos fatales,
no hallando mejor resorte,
quisiera regar su corte
con sangre de liberales.

Que llegando á haber alarmas,
como no le hagan añicos,
á los grandes y á los chicos
ha de pasar por las armas.

En su pecho arde una fragua;
y le es mas indiferente
ametrallar á la gente
que beberse un vaso de agua.

Dios libre á sus camaradas
de verle rey absoluto,
porque son algo pesadas

las bromas de *D. Canuto*.

Para hacerle justa crítica
antes que le den el túmulo,
pregunto de gente   un cúmulo
cuál es su opinión política.

Segun dice el pueblo grave
de lo que del hombre infiere,
nadie sabe lo que él quiere,
y él es quien menos lo sabe.

Subir al gobierno trama
sin saber cómo ni cuándo ;
mas para subir al mando
tiene que dar su programa.

El charlatan sempiterno
  salga lo que saliere,
gobierno dice que quiere;
mas   qué forma de gobierno ?

  Qué le gusta ?   absolutismo,
constitucion   estatuto ?
Ya he dicho que ignora él mismo
lo que quiere *D. Canuto*.

Yo le creo algo lunático
y de los demonios  mulo,
porque me es tan antipático
que el verle me deja trémulo.

Sus ojos brillan de noche,
con formalidad lo digo,
y en cuanto v  al enemigo
pone la cara *feroche*.

Mas quisiera, por supuesto,
perecer entre guarda as,
que caer entre las uñas
de diablo tan indigesto.

Venga la mortal guadaña,
mas no venga de su mano ;
pues, á f  de castellano,
quo si he de probar su saña,

capaz soy de irme   los cerros
esclamando ; tuto ! ; tuto !
que no le igualan los perros
cuando rabia *D. Canuto*.

O es ese hombre una cancula
capaz de secar el Bósforo ;
  es mas ardiente que un fósforo,

ó es mi aprension muy ridicula.

Con este estrivillo eterno
querrán tronarme sin pausa,
al ver qué miedo me causa
el *D. Canuto* ó *D. Cuerno*.

Mas lo digo francamente,
porque negarlo no puedo ;
D. Canuto me hace miedo
sin que le juzgue valiente.

Si esta sátira le balda
y si el demonio lo enreda
ya que de frente no pueda,
me atacará por la espalda.

Pues si en guerra es un gallina
y en la paz un Ferraguto, —
¿quién demonios adivina
las bromas de *D. Canuto*?

—

Al loar su poder mágico
no quiero ser económico,
que es muy raro el ver tan trágico
á quien sin saberlo es cómico.

Cristo de sus garras guarde
al que suspirar no quiera ;
que el hombre tiene de fiera
cuanto tiene de cobarde.

Donde abundan hombres bravos
os diré, sin que os asombre,
que *D. Canuto* es un hombre
que no vale tres ochavos.

Mas como al mostrar su saña
es *D. Canuto* tan zorro,
y puede implorar socorro
cantando con fuerza estraña,
tan solo de oír su nombre
viste la gente de luto,
que si se enfada es un hombre
como un leon, *D. Canuto*.

Basta de tarea histórica
que me canso, voto á chápíro,
de hablar de un hombre gagnápíro
en lengua tan metafórica.

Si no os cansa mi manía,
y os agrada esta menestra,
lo que he dicho es una muestra
de lo que diré otro dia.

Si, lo que fuera un contento;
 pues lo anhelo y no soy tonto;
 quiere el gobierno dar pronto
 libertad al pensamiento;

Si sale la pluma ileso,
 y no nos sucede un chasco;
 si libramos del chubasco
 que sobre nosotros pesa;

Si de la dicha en las cumbres,
 sacudo las pesadumbres,
 diré algún nuevo atributo
 de la vida, las costumbres
 y el país de *D. Canuto*.

EL EMPECINADO.

(HISTORIA QUE PARECE NOVELA.)

IV.

Volvemos á la interrumpida narracion de la vida militar y política del héroe castellano, porque creemos necesario rendir el homenaje de nuestra profunda admiracion al hombre valiente y generoso que tantos sacrificios hizo por la libertad é independencia de la patria. Desgraciadamente abundan tan poco los hombres de fé y de consecuencia política, que donde quiera que descuella uno debemos tributarle los elogios que merezca, manifestando como justos apreciadores del mérito nuestro cariño y nuestra gratitud. Harto triste es que la pluma de los liberales, al describir las hazañas de los mejores patriotas, tenga que venir á parar á un desenlace trágico, pintando el desastroso fin de Riego, de Torrijos y del *Empecinado*.

Pero al ocuparnos en referir los hechos de estos ilustres mártires de la libertad para que sirvan de ejemplo á las generaciones venideras, no es solo porque la gloria de estos hombres inflama nuestra patriótica inspiracion. Hay otra razon que ningun interés tenemos en ocultar, y es que el partido nacional echa de menos la presencia de tan decididos campeones de la causa del pueblo. ¿Dónde estan los residuos militares del año 20? De aquellos que primero se arrojaron al campo de la pelea proclamando la libertad, Riego, el caballero, el noble, el valiente Riego fué preso, juzgado, sentenciado á la última pena, arrastrado por las calles de Madrid, exonerado, humillado y conducido á morir en el caldoso de los criminales. El único de los compañeros de Riego que ha logrado vivir

hasta hoy es el general Lopez Baños, que no tuvo bastante virtud como Riego para combatir hasta la última hora y morir si era preciso en defensa de la libertad; el general Lopez Baños, emigrado durante el absolutismo de Fernando y vuelto á su patria al principio de nuestra mal llamada regeneracion politica, no para emplear su nombre y el poco vigor que sus brazos conserven en obsequio de la bandera que lo elevó á la gerarquía militar que disfruta, sino para renegar de sus principios, para condenar los únicos méritos de que podia vanagloriarse; lo diremos de una vez, y que el carmin colore las mejillas del que sienta latir en su pecho el sentimiento de la vergüenza: el general Lopez Baños volvió de la emigracion para hacerse realista.

¿Qué dirian Riego, el Empecinado y Torrijos si levantaran hoy la cabeza y contemplaran las filas de sus enemigos engrosadas con los nombres de los que fueron sus amigos? Al hacernos esta naturalisima reflexion, comprendemos la falta que hacen á la causa de la libertad los que perecieron por ella, y perseveramos en nuestra tarea de tributar un homenaje de amor y de gratitud á los Torrijos, á los Riegos y á los Empecinados, á esos seres privilegiados, á esos espíritus fuertes que supieron morir como héroes, y que solo hubieran sabido vivir como libres.

Para corroborar la verdad de nuestras reflexiones, la vida del *Empecinado* ofrece un campo muy vasto. El bizarro Juan Martin, aquel hombre que, saliendo de la nada, llegó á ser el terror de los franceses por una série interminable de hechos gloriosos de que hemos dado una ligera idea, vió derribarse el sistema constitucional en 1814 y su patriotismo no esperiméntó esas modificaciones tan frecuentes en las almas débiles, que no teniendo ánimo suficiente para luchar en la adversidad contemporizan facilmente con el error y hasta con la iniquidad. Los desprecios que el *Empecinado* sufrió durante los seis años de reaccion, la seguridad de no obtener jamás consideracion ni empleo alguno si no se doblegaba á las exigencias de una corte corrompida y servil, sirvieron para enardecer mas y más al hombre que habia jurado ser fiel á la causa del pueblo y que creia sagrados los juramentos prestados ante las aras de la patria. Todos los hombres oscuros que podian quemar incienso adulador ante el despotismo; todos los que carecian de recursos naturales para elevarse sobre el nivel de los demas, lograron honra facticia y provecho positivo durante la funesta reaccion de los seis años, en tanto que el *Empecinado* vivia ignorado, aunque satisfecho con el aprecio de los buenos españoles. La fortuna favoreció á los revolucionarios de la Isla de Leon y la constitucion se restableció por fin arrancando del olvido á los guerreros proscritos por sus opiniones liberales, ofreciendo al *Empecinado* nuevas ocasiones de servir á la patria. Tres años duró entonces el sistema constitucional, y en tan poco tiempo cuántas decepciones, cuántas apostasias concurrieron á facilitar el triunfo del despotismo! Pero el *Empecinado* permaneció fiel á su

bandera hasta el último momento, y abrumado por la superioridad del número y de las circunstancias tuvo que rendirse á una capitulación traidoramente entablada por sus enemigos. Segun lo estipulado en aquella capitulación autorizada por el rey Fernando VII, se reconocia al *Empecinado* como general de los ejércitos, coacdiéndole libertad para ausentarse ó para vivir en el punto que quisiera elegir dentro de España. El *Empecinado* que se hallaba á la sazón en Estremadura podia haber pasado á Portugal en pocas horas, libertándose así de la saña de los servíles, pero tenia mucho amor á su patria y era demasiado leal para presumir que las seguridades que se le ofrecian eran otros tantos lazos tendidos á su cabeza, y resolvió partir á permanecer en su patria eligiendo para punto de residencia el lugar de su nacimiento.

Hasta aquí los sinsabores habian alternado con las dulzuras de la gloria en la vida de nuestro héroe: desde ahora nuestra pluma no puede describir otra cosa que horrores, y por lo mismo procuraremos ser breves, pues somos poco inclinados á entristecer el ánimo, y por otra parte no hallamos ninguna complacencia en pintar los padecimientos de los mártires. Solo la verdad de la historia puede obligarnos á concluir la biografía de un ciudadano benemérito.

Dirijase el *Empecinado* á la villa de Roa donde esperaba vivir tranquilo hasta que la España saliera de su vergonzoso letargo y tuviera bastante corazon para sacudir los hierros del despotismo; pero antes de llegar á Roa se dirigió á su pueblo, donde tenia un hermano. Entró, pues, á pasar la noche en casa de su buen hermano, á quien encontró dichoso con la satisfaccion de volverlo á ver, y descansó algun tiempo, aunque poco, de las fatigas del camino. Pero á poco de anochecer se levantó el *Empecinado* y estaba complaciéndose alegremente en conversar con su amada familia, cuando se sintieron voces en la calle y pasos de caballos. Despues oyeron llamar á la puerta y el buen hermano de *Juan Martin* se asomó al balcon preguntandn como de costumbre.

— ¿Quién?

— ¡Ola! contestó uno de los de la calle: no tenga usted cuidado D. Antonio; somos los realistas de Roa que vamos á perseguir á una partida de ladrones. Hemos sabido que ha llegado nuestro paisano D. Juan, y antes de seguir adelante quisiéramos tener el gusto de verle.

Al oír el *Empecinado* estas palabras, se acercó tambien al balcon donde estaba su hermano, y dirigiéndose á los de la calle:

— ¡Hola, muchachos! les dijo, saludando á cada uno por su nombre. Si, hombres, si, aquí me teneis otra vez, que vengo á pasar mis dias entre los amigos de la niñez.

Y esto diciendo, salió á la calle en mangas de camisa alargando la mano á sus antiguos amigos. Pero en el acto, se arrojaron sobre él mas de veinte hombres, le tendieron en el suelo y le amarraron como si fuera un asesino. Despues le ataron las manos á la cola

de un caballo con tanta crueldad que le cortaban la carne de las muñecas, y en esa disposición le hicieron tomar el camino de Roa prodigándole todo género de insultos y de malos tratamientos.

—¿Pero con qué derecho me tratis de este modo? preguntaba el desgraciado Juan Martín.

—Tenemos orden del juez de Roa para conducirle á usted maniatado.

—¿Y quién es ese juez?

—El señor D. Domingo Fuentenebro.

—¡Fuentenebro! exclamó el *Empecinado* dando un rujido parecido al del leon atormentado en una jaula.

—Si señor, el leal *Fuentenebro*.

—Sí, dijo el *Empecinado*; el leal á quien yo debia haber fusilado por afrancesado, y que sin duda me trata con tanto rigor porque tuve la generosidad de perdonarle la vida.

—Por si ó por nó, él es juez nombrado por S. M. y tiene facultades para disponer de la persona de usted. Por cierto, añadieron con tono burlon, que deseoso de obsequiarle á usted, le tiene preparado á la entrada de Roa un gran recibimiento.

En efecto, al entrar el *Empecinado* en Roa vió levantada una horca, por debajo de la cual le obligaron á pasar, y desde allí el bravo defensor de la independencia española fué conducido á la cárcel atado á la cola de un caballo.

QUINTA Y ÚLTIMA PARTE.

Hallábase de juez en Roa, como llevamos dicho, el renegado Fuentenebro, animado por un estremado ódio á los liberales, y sobre todo enemigo mortal de *Juan Martín*, que no le habia hecho ninguna injuria, y que al contrario, le era deudor de la vida, prenda que solo podia considerarse de poco valor en un hombre tan perverso y tan despreciable como Fuentenebro. Este hombre ingrato, abusando de su posición para perseguir á su bienhechor, le formó un proceso plagado de falsedades, con el objeto de privar á la patria de un defensor denodado, aunque hay quien dice que Fernando VII no era enteramente extraño á este proyecto inhumano, y nuestros lectores podrán juzgar del fundamento que pueda tener esta especie cuando hayan leído el presente capítulo.

La prision del *Empecinado*, con la violencia y crueldad de la ejecución, y el hacerlo pasar por debajo de la horca haciéndole ver desde luego la suerte que le esperaba, no fueron mas que preludios de las iniquidades de todo género que habian de llevarse á cabo para atormentar á la víctima y quitarle la vida lentamente. Si no fuera porque aun hay testigos oculares de tantas infamias, nadie querria creer que al *Empecinado* se le metiese en una jaula portátil y que se le sacase al mercado para que el populacho le maltratara impunemente. Pero el hecho no es muy remoto, y para eterno baldon de

los que lo consentian, se vió durante mucho tiempo á un general español, á un valiente, al *Empecinado*, en fin, que cualquiera que fuese su opinion política, no habia jamás oprimido á los débiles, ni hecho mal á nadie, ni perseguido á otros enemigos que á los que le retaban con las armas en el campo del honor; se vió á este hombre, repetimos, salir enjaulado á la plaza de Roa en los dias de mercado. Allí le arrojaban piedras, tronchos de berza y otros objetos asquerosos; le abrian la boca con la punta de una bayoneta y le hacian tragar hiel y vinagre; le quemaban por un lado el bigote con estopas ardiendo, y al volver la cabeza le aplicaban el fuego por el otro lado, complaciéndose los verdugos en estos y otros juegos hijos de la cobardía y de la ferocidad.

La cárcel de Roa estaba entonces llena de liberales; allí esperaban la muerte muchos honrados padres de familia, que no habian cometido otro delito que pertenecer á la Milicia Nacional, y el *Empecinado*, tan ultrajado, tan escarnecido durante el dia, esperaba con ansia la noche para descansar en el seno de sus dignos amigos y compañeros de infortunio.

No pasaremos en silencio una circunstancia que revela mas que nada el gran carácter del *Empecinado*. Deseando los buenos ex-nacionales librar á su amigo de las garras de la muerte, pensaron en proporcionarle la ocasion de evadirse, y muchas veces pudo verificarse la fuga del *Empecinado*; pero jamás quiso huir este hombre singular. Unas veces le ofrecian escalas; otras veces le manifestaban estar de acuerdo con el centinela, que huiria tambien acompañando al ilustre general. En fin, todos los medios se emplearon y el *Empecinado* no necesitaba mas que querer salvarse para conseguirlo; pero no hubo elocuencia ni súplicas capaces de persuadirle, y cuando sus amigos trataban de vencer su resistencia contestaba:

—Escuchadme, amigos míos: sin que yo trate de ofenderos, creo que á mí me tienen los realistas mas miedo y mas odio que á todos vosotros juntos; por lo cual si yo muero, como es lo regular, tal vez dejarán de perseguiros.

—No, Juan Martín, no; si mueres nos perseguirán lo mismo, y vale mas que te salves tú que puedes ser algun dia útil á la libertad.

—Os digo, repetia el *Empecinado*, que en muriendo yo, cesarán vuestras persecuciones, al paso que si me escapo, será tal la furia de esos hombres, que probablemente os ahorcarán á todos. Ya veís, amigos míos; todos vosotros teneis hijos, podeis ser felices y útiles á la familia. ¿No seria una necedad privar á las familias de sus principales apoyos y á la nacion de tan buenos ciudadanos por salvar una vida que nadie aborrece tanto como yo?

Tales eran las contestaciones del hombre generoso, cuya biografía hemos juzgado de la mayor importancia para que todo el pueblo conozca á donde llegaba la virtud del *Empecinado*.

A todo esto el Juez Fuentenebro anunciaba en todas partes su firme resolución de condenar á muerte al *Empecinado*. La esposa de este desgraciado patriota vino á la corte á implorar la misericordia de Fernando VII, vió á varios generales que en honor de la verdad, aunque de distintas opiniones, se unieron á ella para pedir protección en favor de la víctima, indignados al saber los malos tratamientos que recibía un general español, valiente, honrado y que tan poderosamente había contribuido á sostener la independencia nacional. El rey prometió al fin todo lo que se le suplicaba, y dijo que mandaría una orden al capitán general de Valladolid para que enviase un batallón á Roa y condujese al *Empecinado* á la cárcel de la capital de Castilla la Vieja.—Allí, añadía el rey, estará mas seguro, y pasado algun tiempo podrá salir sin riesgo de que le hostilicen los partidos. La esposa de *Juan Martín* pidió ser ella la conductora de la real orden, y lo consiguió, partiendo inmediatamente á Valladolid, donde llegó en pocas horas. Desde allí salió efectivamente la esposa del *Empecinado* acompañando al batallón encargado de conducir á su marido, y se consolaba con la esperanza de un porvenir que jamás debía sonreírle. En efecto, el oficial portador de la real orden se presentó al Juez Fuentenebro reclamando la persona del general *D. Juan Martín Díez*, y Fuentenebro se negó á entregar al general, mostrando otra real orden de fecha posterior, en que se le decía que no obedeciese á la primera, y que prosiguiera en sus buenos oficios. Este hecho que no necesita comentarios, es el que dejamos al buen juicio de nuestros lectores.

Por fin llegó el día señalado para aplicar la fatal sentencia á *Juan Martín*. Los realistas de Roa y de todos los alrededores, se reunieron para dar al acto toda la solemnidad y para apoyar á las autoridades. El *Empecinado* solo tuvo una reclamación que hacer.

—Yo no soy criminal, decía, no debo morir en la horca; pido que me fusilen, ya que es preciso que muera: la horca se ha hecho para los asesinos y ladrones.

Pero nada podía ablandar el empedernido corazón de los furiosos realistas, que sujetaron al *Empecinado* poniéndole grillos en los pies y amarrándole las manos con esposas de hierro, y le pusieron en camino para el patíbulo.

Para dar mas solemnidad al acto, se había obligado á los liberales de Roa á presenciar el suplicio del *Empecinado*. Esta era, según ellos, la gran lección de escarmiento. Caminaba, pues, *Juan Martín* al cadalso resignado y con paso firme, dando el adiós postrero á los amigos que desde los balcones y ventanas le contemplaban con los ojos arrasados en lágrimas. Indudablemente el acto se hubiera verificado sin tropiezo alguno; pero al volver la vista el *Empecinado* y ver su espada en la mano de un capitán de realistas, se enfureció.

— ¡ Esa espada, dijo, ha echado á los franceses de España, y tú no eres digno de empuñarla!

Hizo un esfuerzo sobrehumano, rompió de un tirón las esposas de hierro que le sujetaban las manos, y arrojándose al oficial realista exclamó:

— ¡Suelta esa espada!
Una ráfaga de alegría hija de la esperanza brilló en el semblante de todos los liberales de Roa. Tal era el concepto que de su héroe tenían, que al verle romper las esposas y dirigirse á recobrar su espada, exclamaron sin poderse contener:

— ¡Se ha salvado!
Tal era también el terror que el nombre solo del *Empecinado* infundía á sus enemigos, que se introdujo el desórden en los cinco mil realistas; de suerte que echaron la mayor parte á correr, guareciéndose en los portales y callejuelas inmediatas. Aún hay quien abriga sus dudas acerca del resultado si el *Empecinado* hubiera logrado empuñar su espada; pero el verdugo se abalanzó por la espalda del reo y le abrazó: en seguida acudieron soldados, uno de los cuales metió á *Juan Martín* la bayoneta por la espalda y le atravesó el corazón. El héroe cayó exánime en tierra. Los realistas se empeñaron en ahorcarlo todavía, y lo verificaron en efecto colgando de la cuerda, no ya al *Empecinado*, sino el cadáver del *Empecinado*.

FIN.

AL POPULAR.

El periodicucho llamado *Popular*, insulta de un modo bestial á todo el partido liberal. Lo bueno que hay en esto es que los liberales no leen semejante papel, pues hasta los mismos moderados se aburren de ver en él tantas paparruchas. D. Juan de la Piliudrica por toda contestacion le dirige el siguiente

SONETO:

Modos tiene en verdad muy poco finos
el torpe *Popular*, modos bestiales,
proprios de él solamente y sus iguales
que estan ya acreditados de pollinos.

Aunque llama ladrones y asesinos
á los nobles y buenos liberales,
no verá el *Popular* en casos tales
que me irriten á mi sus desatinos.

Que no puede el *monote* de la prensa
dañar á nadie, aunque el rencor le avive;
pues no es capaz de producir ofensa
un papel, entre bárbaro y caribe,
que es antes de dormir cuando se piensa
y despues de almorzar cuando se escribe.

Editor responsable, D. MANUEL TURREZ.

Imprenta de D. Julian Llorente, calle de Alcalá, número 44.